

Cuando ambos reyes se preparaban en Jezrael a continuar la lucha, estalló en el ejército acampado alrededor de Ramot-Galaad una conspiración militar al mando de Jehú, y que indudablemente fue excitada por los profetas. Su odio a la dinastía de Achab había llegado al colmo. Había sido acordada la muerte de Joram, y se trataba de impedir que fuera proclamado alguno de los muchos hijos y nietos de Achab que había en Samaria. Dicen algunos relatos que Eliseo envió a Ramot a un discípulo suyo para unirse a Jehú.

Jehú estaba convencido de la connivencia de los oficiales del ejército de Ramot-Galaad, y marchó para Jezrael y anduvo a escape en su carro las ocho o diez leguas que de allí le separaban. No había llegado aún a la ciudad rumor alguno de la conspiración. El centinela de la torre indicó la aproximación del peligro. Los dos reyes salieron en sus carros, y cuando Joram de Israel gritaba a su aliado «¡Traición, Ochozías!», Jehú disparó contra el soberano de Israel una flecha que le atravesó el cuerpo. Joram cayó muerto instantáneamente.

Si la conspiración sólo hubiera sido obra de un militar desleal que quería librarse del rey para ocupar el trono, Jehú se hubiera detenido después del flechazo que le aseguraba el trono de Israel. Pero la demostración de que las ambiciones de Jehú ocultaban el odio de los profetas contra la casa de Achab, está en que Jehú, que no podía aspirar a la corona de Jerusalén, quiso también a toda costa matar a Ochozías. Éste, al morir su primo, huyó al Carmelo. Fue herido en las alturas de Gur, y murió en Megiddo. Su cuerpo fue llevado en un carro a Jerusalén y sepultado en la tumba de los reyes de Judá.

Jehú, habiendo asesinado a los dos reyes, entró en Jezrael. La reina Jezabel, enterada de la muerte de su hijo, se mostró altaneramente heroica. Asomóse a las ventanas de su palacio y cuando Jehú entró en el patio, subido en su carro, le gritó: «¿Cómo está Zimri, el asesino de su señor?» Jehú miró a la ventana, diciendo: «¿Quién está a mi favor?» Sus

ojos se encontraron significativamente con los de dos o tres eunucos que estaban junto a su señora. Les gritó: «Echadla abajo.» Y los eunucos arrojaron a la reina por la ventana. La sangre de Jezabel salpicó los muros y el carro, cuyos caballos, impelidos por Jehú, pisotearon el cadáver de la anciana reina. Jehú entró en el palacio, donde comió y bebió. Después dijo: «Ocupaos de esa maldita y sepultadla, pues es hija de rey.» Cuando fueron a buscar el cadáver, sólo hallaron el cráneo, los pies y las palmas de las manos. Lo demás lo habían deshecho las patas de los caballos.

Preocupaban a Jehú los supervivientes numerosos de la familia de Achab que estaban en Samaria, y que entre hijos y nietos llegaban a 70. Escribió a los principales de la ciudad una carta hipócrita, en la que decía: «Puesto que tenéis en vuestro poder a los hijos de vuestro amo, elegid al mejor de entre ellos y ponedle en el trono de su padre, pero batíos luego por la casa de vuestro señor.» La solapada crueldad del carácter de Jehú daba a esta carta un sentido terrible. El prefecto del palacio, el de la ciudad, los próceres y los pedagogos de los príncipes demostraron su sumisión. Jehú les dijo en una segunda carta: «Si realmente estáis en mi favor y queréis ser mis súbditos, cortad la cabeza a los hijos de vuestro amo y venid a buscarme a Jezrael mañana a estas horas.» Los 70 príncipes vivían en las casas de los notables de la ciudad, que les educaban. Cada uno de aquellos apreciables burgueses cortó la cabeza a su regio educando, las echaron todas en un cesto y las mandaron a Jezrael, y Jehú mandó colocarlas en dos montones a la entrada del palacio. A la mañana siguiente dijo el pueblo que verdaderamente Jehú había matado al rey, pero que otros habían matado a los príncipes, cumpliendo indudablemente órdenes de Jehová.

Desde Jezrael, Jehú se trasladó a Samaria, que seguía siendo la capital del reino. En el camino encontró un grupo de hermanos de Ochozías de Judá que iban de Jerusalén a Jezrael a ver a los príncipes de su familia, cuya matanza ignoraban. Jehú los mandó degollar y echar en una cisterna. Encontró también a Jonadab, hijo de Rekab, y convencido de que estaba dispuesto a ayudarle, le llevó consigo en su carro. Cuando llegó a Samaria, mandó matar a los de la familia de Achab que quedaban.

Ayudado por los pietistas, procedió Jehú a terribles purificaciones. El narrador teócrata, según el cual aquellas matanzas son muy laudables, las ha exagerado, para honrarlas más. De todos modos, parece que Jehú demostró en todo la cruel perfidia que le hace uno de los antecesores de Felipe II. Convocó una gran panegiria para una fiesta a Baal, y cuando estuvieron reunidos en los patios del templo de Samaria los adoradores y sacerdotes de aquel dios, los hizo matar por los soldados de su guardia, y luego destrozó los aparatos del culto y quemó el templo.

Desde aquellos sangrientos acontecimientos se dijo que era justicia cuanto había ocurrido a la casa de Achab y que los profetas lo habían vaticinado. Se citaron las palabras de los profetas, y se afirmó que esto

era castigo de Jehová a los que con aficiones profanas y alianzas extranjeras le habían ofendido. Los profetas obtenían la victoria en toda la línea y Jehová triunfaba con ellos.

La revolución horrible de Jezrael y Samaria fue tan rápida, que se conoció en Jerusalén una vez verificada. Al enterarse de la muerte de su hijo, de su sobrino y de casi todos los príncipes de ambas familias reales, Atalía imitó a Jezabel, e hizo frente al peligro con gran audacia; pero Jezabel sabía que iba a morir, y la situación de Atalía en Jerusalén no era tan desesperada. Al salir para la expedición de Ramot-Galaad, Ochozías le había encargado la regencia, y el poder estaba en sus manos cuando recibió la triste nueva.

Los príncipes hermanos de Ochozías habían sido muertos por Jehú; pero quedaban algunos hijos de Ochozías, demasiado jóvenes para reinar. La idea de una monarquía femenina era completamente ajena al espíritu israelita. Además, tenía el pueblo de Judá tal adhesión a la familia de David, que, atendiendo tenazmente a los niños representantes del derecho legítimo, nombró regente a Atalía durante la minoría de edad de sus nietos. Atalía era una mujer muy inteligente que había ejercido una gran parte del poder en tiempo de Joram y Ochozías. Reinó en Jerusalén siete años, y el país le fue muy adicto, pues los de Jerusalén, lejos de aborrecer a la familia de Omri, estaban acostumbrados de tiempo atrás a considerarla aliada fiel de la de David.

Los problemas del reinado de Atalía procedieron de las mujeres de la familia real, y principalmente de Josefa, hija de Joram y hermana de Ochozías. Atalía habría sido un milagro de su época, si no hubiese empleado el crimen como medio político. Los jóvenes príncipes que iban creciendo constituían una amenaza constante para aquel poder al que ella no podía renunciar. Una abdicación a sus 40 años de edad le habría parecido un suplicio, y, dados los odios suscitados contra ella, una verdadera sentencia de muerte. Se dijo que había mandado asesinar a algunos de los príncipes jóvenes; se suponía que los hacía desaparecer cuando estaban próximos a la mayoría de edad; se contaba con horror una terrible escena de asesinatos en su dormitorio del palacio.

En una ocasión, Joseba, quizá de acuerdo con Joiada, jefe de los sacerdotes, delató una intriga inteligentemente preparada. Anunció que había salvado de la muerte a un niño llamado Joás, hijo de Ochozías y de Cibia, y que lo había ocultado en las habitaciones próximas al templo. Joiada llamó a los guardias, y después de haberles exigido terribles juramentos, les enseñó al niño que representaba a la casa de David, y ellos lo reconocieron. Acordóse entonces una maniobra hábil por medio de la cual habían de encontrarse reunidos en el templo, al salir del palacio, sin que Atalía sospechara. En el momento solemne se llevó a cabo lo convenido. El reyecillo fue presentado al pueblo con la corona en la cabeza, entre el templo y el altar de los sacrificios, se le proclamó, se le ungió, se gritó «¡Viva el rey!» y sonaron las trompetas.

Atalía, al oír el ruido, acudió gritando: «¡Traición, traición!» Todo el mundo se apartó de ella. Luego la hirieron con espadas, a la puerta del

paso cubierto por donde entraban los caballos en palacio. En seguida se llevó a Joás al trono. El populacho, favorable siempre a los golpes de Estado en los que es invitado a participar, manifestó mucho júbilo.

Por consiguiente, el jehovahismo consiguió dos victorias decisivas en poco tiempo. En Jerusalén, la fuerza del sentimiento legitimista restauraba la antigua dinastía, que se consideraba santa. En Israel, el profetismo derrotaba una dinastía que le era contraria. El partido profano de la civilización y del progreso, vencido ya desde la muerte de Salomón, vuelve a serlo al aniquilarse la casa de Achab. Un pueblo nunca representa dos papeles a la vez. Desde 850 ó 860, está escrito que Israel no será un pueblo como otro cualquiera. La monarquía ha sido vencida. Aquel pueblo será mediano en el orden material, pero en el religioso será único.

El odio y la barbarie estropean demasiado profundamente este terrible profetismo del tiempo de los omridas para que no repugne situar entre los precursores de Jesús a tales facinerosos, que cometieron actos abominables de crueldad y de venganza. En la lucha de aquellos energúmenos con la monarquía, ésta suele tener razón. A aquéllos les parece que es el ideal del guerrero de Jehová matar sin misericordia. Perdonar al vencido, obrar guiado por un sentimiento de humanidad, resultaba el mayor de los crímenes.

Aquel pueblo era terriblemente fanático, pero el fanatismo en sus manos no será puramente destructor. Por un milagro (del cual no hay más que otro ejemplo: la Reforma del siglo XVI), el fanatismo judío llegará un día a lo liberal por excelencia, a la religión de un Dios común a todo el género humano.